

la entrada daba al patio y estaba formada por una robusta puerta de madera tallada á la que se llegaba por cinco escalones; en la parte baja había un corredor lleno de armarios y de sacos de trigo que separaba la cocina del comedor. Había en el piso de arriba diez habitaciones. En el jardín ó huerto había lindos emparrados y excelentes perales. Á la madre le gustaba mucho su casa á la que llamaba « su Jerusalén, su casa de paz ». Era una morada sencilla pero agradable, abrigada y dulce. Muchas veces revivió el pensamiento del poeta con pacífica emoción los años pasados en aquel nido de verdura, en medio de la más agradable quietud.

Su madre había conocido á Juan Jacobo Rousseau y á Bernardino de Saint-Pierre, y educó á sus hijos según sus principios. El joven leyó la Biblia, La Fontaine, á Mad. de Genlis, á Berquin, *Robinson Crusoe*, á Fenelón, á Voltaire y la *Jerusalén libertada*. Tenía un tío cura que se informaba acerca de su educación y que le hizo poner en Lyon en un colegio, de donde huyó. Entonces fué trasladado al colegio de Belley donde contrajo amistades que debía conservar, como la de Vignet y sobre todo la de Virieu. Durante las vacaciones leía las obras en boga de Madama de Staël, de Chateaubriand, de Ossian y también bastante los poetas elegíacos menores del siglo xviii, que influyeron en su primera manera. Amó á los veintiún años y conoció la negra melancolía de un corazón joven enamorado y que vive con al alma llena de vaguedad. « Ya estoy harto de la vida, no quiero más » escribe á un amigo. Aun tenía que vivir cincuenta y ocho años para acostumbrarse á ella. Al mismo tiempo escribía su madre en su diario: « Sus pasiones empiezan á desarrollarse;... anda agitado, melancólico, no sabe lo que desea. » Envióle á Italia. Allí olvidó á la joven de quien creía no poder separarse sin morir y se enamoró de otra.

Había sido recomendado á un pariente, el Sr. Darest de la Chavanne, director de la manufactura de tabacos en Nápoles. Fácil es concebir que el joven desocupado andaba rondando entre las obreras y escogió, para pasar el tiempo, una cigarrera á la que poetizó más tarde bautizándola con el nombre de Graziela.

De regreso en Milly, empezó á trabajar. Saúl, Clodoveo y Zoroastro la parecieron asuntos seductores. Seguía escribiendo versitos á lo Dorat, los leyó en la academia de Macon é hizo presagiar un brillante porvenir de poeta local.

La caída de Napoleón hizo de él un oficial de guardias de corps de guarnición en Beauvais « el último país del mundo » que el hubiera pensado en escoger. Al regreso de la Isla de Elba, huyó á Suiza y volvió, después de Waterloo, á ocupar de nuevo su puesto de guardia de corps. Pero el estado militar le atraía menos que la diplomacia. Fué presentado en el invierno de 1815-1816 á las Sras. de Duras y de

CAPÍTULO III

LAMARTINE

Su juventud. — Las *Meditaciones*. — La *Muerte de Sócrates*. — Las *Nuevas Meditaciones*. — *Child Harold*. — Las *Armonías*. — Revolución de 1830. — En Oriente. — *Jocelyn*. — La *Caída de un ángel*. — *Recogimientos*. — *Nuevas Confidencias*. — *Raphaël*. — Las novelas cortas. — Los *Girondinos*. — La revolución de 1848. — Últimas obras. — Últimos años. — Su carácter.

En Milly, en el camino de Macon á Cluny, vivía un capitán de caballería que se había casado con la Señorita Alix des Roys, hija de un intendente general. Era el caballero de Lamartine, de antigua familia. Su padre Luis Francisco, señor de Monceaux, pudo hacer las pruebas de ocho grados de nobleza para que su hija pudiese ser nombrada canonesa en la abadía de San Martín de Salles. Durante la Revolución fué detenido y encerrado en la prisión de Macon; enfrente vivía su joven esposa que se hallaba encinta. Podían estar en comunicación por la ventana. El 9 de Thermidor quedó el preso en libertad, y el joven matrimonio se instaló de nuevo en Milly. Él era severo, silencioso, rudo y bueno. Ella era graciosa y sensible; llevaba las cuentas de la casa que no le daban gran trabajo y se ocupaba, cuando era necesario, en hacer vender el caballo, el carruaje y otras cosas para ir atendiendo á los gastos. Porque sólo tenían 3.000 francos de renta y tuvieron seis hijos: cinco hembras y un varón que debía ser más tarde el gran Alfonso de Lamartine.

Nació éste el 21 de octubre de 1790 y creció en aquel país incoloro y sin relieve, surcado por pequeñas colinas, y muy escaso de arbolado, con unas aldeas grises que se pierden en la monotonía general entre los senderos pedregosos. Algunas tierras poco fecundas, algunas cepas plantadas en la arena, zarzas que privaban de parte de su lana á las flacas ovejas, un cielo gris y el canto incesante de las cigarras: tal es la comarca. La aldea de Milly es más gris y más incolora que las demás. Cuenta alrededor de 380 almas. Cerca de la humilde iglesia, se ve la casa de Lamartine que él vendió en 1861. Surge como un grueso mojón de piedra negruzca en la extremidad de un estrecho jardín, acurrucada en el hueco de un vallecillo y recostada en la colina. Él la ha descrito con frecuencia: cuadrada, de un solo piso, con tres ventanas en cada fachada;

Broglie y á los Sres. de Talleyrand, Guizot y Villemain y fué de salón en salón recitando sus versitos. Aquel mismo año de 1816 conoció á Elvira en Aix-les-Bains. Tenía entonces veintiséis años y se sintió conquistado por el encanto triste de la Sra. Charles. Ha analizado con delicadeza su dicha de entonces :

... Era otra cosa: era un sentimiento desinteresado, puro, plácido, inmaterial. La satisfacción de haber encontrado al fin el objeto siempre buscado y nunca encontrado, de aquella adoración dolorosa por falta de ídolo, de aquel culto vago é inquieto por falta de divinidad á quien ofrecerlo, que atormenta el alma hasta que hemos logrado entrever el objeto de este culto ó hasta que nuestra alma se haya apegado á él como el hierro al imán ó se halla confundido y anonadado en el mismo como el soplo de la respiración en las ondas del aire respirable.

Y, cosa extraña, no sentía impaciencia por volverla á ver, por oír su voz, por acercarme á ella, por hablar libremente con la que era ya todo mi pensamiento y toda mi vida. La había visto, la llevaba en mí, nada podía en adelante privar á mi alma de aquella posesión. De cerca, de lejos, ausente, presente, la contenía en mí mismo. Todo el resto me era indiferente. El amor completo es paciente porque es absoluto y se siente eterno. Para arrancármelo hubiera sido preciso arrancarme el corazón.

Hacen dudar algo de la pureza inmaterial de este sentimiento los versos del *Lago* suprimidos después de la primera edición :

Elle se tut; nos cœurs, nos yeux se rencontrèrent,
Des mots entrecoupés se perdaient dans les airs,
Et, dans un long transport, nos âmes s'envolèrent
Vers un autre univers.

Nous ne pûmes parler; nos âmes affaiblies
Succombaient sous le poids de leur félicité,
Nos cœurs battaient ensemble, et nos bouches unies
Disaient l'éternité!

El invierno siguiente volvió á verla en París y fué huésped asiduo de su salón donde conoció á de Bonald, Suard y Lainé, sabios y políticos que le inspiraron afición á la política. Pero no pudo permanecer más tiempo, pues no le quedaba dinero. Habitaba una habitación cedida por un amigo. El portero le subía pan y queso. Volvió á Milly y, en su ausencia, murió la Sra. Charles. El dolor despertó al genio.

Callóse y nuestras almas y ojos se encontraron,
Perdiéronse en el viento vagas frases de amor.
Y en prolongado éxtasis nuestras almas volaron
Hacia un mundo mejor.

Hablar nos fué imposible: nuestras almas rendidas
Sucumbieron al peso de su felicidad;
Juntos los pechos latían, y las bocas unidas
; Dicen la eternidad!

Renunció á los versos ligeros y dejó llorar á su corazón. Los versos que escribió desde 1816 á 1819 fueron las *Meditaciones* (1820). Ni Hugo ni Vigny se habían dado á conocer hasta entonces. Fué un relámpago y saludaron en él á un Chateaubriand en verso.

El tono general de las *Meditaciones* es el de los elegiacos del siglo xviii, pero muy mejorado. Ciertas páginas, sin embargo, como *el Aislamiento*, *el Lago*, *el Valle*, los cantos de Saúl y Dios hacían oír un acento nuevo y desconocido; era un lirismo completamente vibrante de emoción profunda, la expresión de una gran melancolía que busca consuelo en las bellezas de la naturaleza y en el amor. Esta nota no había vuelto á resonar después de la Biblia, de Petrarca y de Dante. Hallaba en la parte divina de su ser, en la grandeza de Dios, el contrapeso de las horas de desesperación y el espectáculo de esta lucha íntima contra la duda perturbó y encantó al mundo. Como dijo Monseñor Perrault en la oración fúnebre del centenario :

Elevó las almas y les dió alas.

Volvió entonces á Aix en busca de recuerdos. Halló una esposa, Elisa Birch, huérfana, fina, inteligente, literata y byroniana. Celebróse el matrimonio en Chambéry (1820). Partieron los esposos para Nápoles donde había sido nombrado Lamartine agregado de embajada y donde escribió las más hermosas de sus *Nuevas Meditaciones*; de allí pasaron á Roma, y luego á Milly, á Saint-Point, á Macon viniendo por último á París donde se instalaron en el 227 de la calle Saint-Honoré. Tenían dos hijos.

En París frecuentó Lamartine el Cenáculo, fué á casa de Hugo y á casa de Nodier, conoció á Vigny, á Soumet, á Rességuier, á los hermanos Deschamps, á Ulrico Guttinguer y á Delfina Gay. Pero comparado con ellos, era demasiado maduro y correcto. Por entonces publicó la *Muerte de Sócrates* y las *Nuevas Meditaciones*.

La *Muerte de Sócrates* está inspirada en el *Phedon* y en el *Criton* de Platón, renovados por un seudocristianismo.

Saluda en dicha obra el retorno al espiritualismo preparado por Chateaubriand, José de Maistre, de Bonald, Joubert, en su curso de filosofía, y Víctor Cousin en sus conferencias. Este poema debió su éxito á su valor, lo cual no siempre es razón suficiente y á la oportunidad de una filosofía que llegaba á su hora.

Las *Nuevas Meditaciones* repetían, sin renovarlas, las *Meditaciones*.

En ellas se encuentra á Graziela en *Elegía* y en *Tristeza*, y á Elvira en *A EL...*, en el admirable *Crucifijo*, en la *Aparición* y en las *Estrellas*.

Los *Preludios* son una sonata poética formada de frases musicales en

que se inspiró Liszt. Hay más tristeza y abatimiento en *el Pasado*, más amplitud en *las Estrellas* y más vigor en *Bonaparte*, á quien no perdona el haber materializado el ideal de la juventud. Tuvo sin embargo piedad de aquel gran infortunio y rindió culto por una sola vez al « Bonapartismo poético » sin volver á reincidir, porque en lo sucesivo no cesó de expresar su horror, su odio y su desprecio hacia el Emperador.

Alfredo de Vigny escribió á Hugo, acerca de las *Nuevas Meditaciones*, una carta curiosa como testimonio de las disposiciones en que se hallaban los jóvenes románticos con respecto á Lamartine :

En cuanto á las *Nuevas Meditaciones* el conjunto es muy inferior á las primeras, el tono carece de unidad y parece que el poeta ha reunido los recortes de la primera obra y los ensayos que hizo en su juventud. No puedo creer que haya dirigido semejante arreglo y seguramente no ha podido pensar que una escena de su *Saúl* pudiese ponerse en parangón con la de Soumet. No os hablo de las increíbles faltas que se encuentran á cada paso, quiero atribuirselas al impresor; pero *dans la danse céleste ils s'élancent* (se lanzan al baile celeste) es algo fuerte, lo mismo que le *branle de la lance* (la vibración de la lanza). Sin embargo, y lo digo con verdad, no creo que el Sr. de Lamartine haya hecho nada que iguale á los preludios y á las últimas estrofas, sobre todo *Bonaparte* y *el Canto de Amor*. Hay, en general, en todas sus obras, un fuego del alma y una fecundidad de emoción que la hará siempre adorable porque se halla en relación con todos los corazones.

Una breve permanencia en Saint-Point y luego en Macon (1824), el regreso á París para la candidatura á la Academia Francesa, el fracaso, la cruz de la Legión de Honor, el *Canto de la consagración* de Carlos X, ese « horror de los horrores poéticos » según su expresión, del que se vendieron 20.000 ejemplares, el *Último canto de la peregrinación de Child Harold*, los homenajes que le prodigan sus compañeros, Víctor Hugo, Nodier, Sainte-Beuve, son los puntos más salientes de su vida antes de su partida para Florencia como secretario de embajada.

El Último canto de la peregrinación de Child Harold demuestra el entusiasmo que le inspiró Byron. Había dejado éste sin terminar su *Child Harold*. Lamartine, que no le conoció y que le dedicó una magnífica epístola sin enviársela, le admiraba. No tenían la misma naturaleza. El poeta inglés tenía mayor combatividad, era más activo, más altanamente rebelde y se hallaba más trabajado por el remordimiento. El poeta de Milly, como toda su generación, sufrió su extraña seducción y aplaudió su caballeresca empresa de libertar á Grecia.

Gozo grandemente, dice, cuando le veo levantarse en medio de su escepticismo y epicureísmo para ir á sostener en Grecia, con su oro y con su brazo, la libertad renaciente de una gran raza. La muerte segó su vida en el momento más glorioso y más verdaderamente épico. Dios parecía esperar su

primer acto de virtud pública para absolverle de su vida con una muerte sublime. Murió mártir voluntario de una causa desinteresada. Hay más poesía verdadera é imperecedera en la tienda en que la fiebre dió con él en tierra en Missolonghi, hallándose bajo las armas, que en todas sus obras. El hombre engrandeció en él de esta suerte al poeta, y el poeta á su vez inmortalizó al hombre.

Recogió la lira de las desfallecidas manos de Byron y escribió el quinto canto de *Child Harold* no terminado. Es forzosamente una continuación disparatada, porque tanto como se parecía *Child Harold* á Byron, se parece al fin á Lamartine. La poesía francesa no tiene motivos para sentir este cambio de modelo. Helo pues en Florencia. Allí tuvo un duelo famoso con un ardiente patriota italiano, el coronel Pepe, el que decía más tarde ante los monumentos piadosamente erigidos por Italia á los vencidos de Novara : « ¡ Ya estoy harto de inaugurar derrotas ! »

En las cartas de la madre del poeta á su hijo, publicadas por R. Doumic, hay una página muy linda, llena de angustia maternal :

¡ Oh ! hijos míos ¡ qué acontecimiento ! ¡ Y qué revolución me ha causado vuestra carta ! No puedo pensar en ella sin estremecerme. ¿ He de alabar ó censurar esta terrible acción ? ¡ Son con frecuencia los juicios de Dios tan contrarios á los de los hombres ! ¡ Me parecen tan decisivos en esta circunstancia ! Pero no es éste el momento de juzgar sino de dar gracias á esa divina Providencia, prosternándome á sus pies, ya en expiación, ya en acción de gracias. ¡ Qué terribles peligros hemos corrido ! ¡ Y qué tranquila estaba yo en esos momentos ! ¿ Y vos, mi heroica Mariana lo sabíais todo ? ¿ Cómo habéis podido vivir durante esos momentos de angustia ? En cuanto á la nobleza y á la generosidad de la conducta de Alfonso, no me extraña en manera alguna, porque le conozco muy bien. Pero ¿ no había otro medio más que un... ? En verdad no pronunciaré esta terrible palabra que tanto me ha hecho sufrir. Vuestro pobre padre y vuestro tío se alegran mucho como yo de que todo haya terminado y, luchando entre el honor de este mundo y las máximas del Evangelio que rara vez están de acuerdo... Adiós, mis muy queridos hijos. Si, Mariana mía, vos lo sabíais todo, lo veo por vuestra carta anterior. ¡ Qué alma la vuestra !

Lamartine volvió á París á la muerte de su tío el cura, cuya herencia recogió : la tierra de Monculot, castillo de arquitectura italiana, edificado conforme al gusto de Venecia, de Bolonia ó de la Brenta, que parecía erigido conforme á un dibujo de Piranesi y que ocupa un lugar en la serie de sitios donde habitó Lamartine : Monceau, Milly, Grand-Lemps y Saint-Point.

El romanticismo estaba en todo su esplendor : Vigny, Sainte-Beuve, Dumas padre y Hugo habían creado un renacimiento poético. Lamartine se alistó en sus filas y fué elegido miembro de la Aca-

demia Francesa en el momento en que moría su madre cuyo piadoso recuerdo asoció á su alegría en su discurso de recepción (1829).

Diéronle cuenta de su elección en la Academia el mismo día, dos cartas llenas de simpática admiración, una de Cuvier y otra de Royer-Collard. Cuvier se expresaba en estos términos :

MUY SEÑOR MÍO É ILUSTRE COLEGA,

No tomaréis á mal seguramente el que no me haya apresurado tanto á responderos como hubiera debido hacerlo en cualquier otra circunstancia. Me pareció que os agradaría mucho más una respuesta positiva aunque algo tardía, y me alegro tanto más de poder dáosla cuanto que, al placer que procurará vuestra elección á todos los amigos de las letras, se unirá uno que me es enteramente personal, el de recibiros. No se me oculta que es una empresa muy superior á mis fuerzas; pero confío en que me servirán de sostén los sentimientos que desde hace tiempo habéis logrado inspirarme.

Aceptad, os ruego, la nueva expresión con que soy, ilustre colega, su muy humilde y obediente servidor.

R. G. CUVIER.

En el Jardín del Rey, en París el 6 de noviembre de 1829.

Por su parte escribía Royer-Collard al poeta :

MUY SEÑOR MÍO,

Ya sabéis que el escrutinio de ayer os fué favorable; hubiéramos sentido mucho y nos hubiera humillado el que hubiera ocurrido otra cosa. Hoy no tenéis ninguna necesidad, como tampoco en lo porvenir, de los honores de la Academia : pero la Academia tenía necesidad de vuestro nombre. Teniendo en cuenta la época y la diversidad de inclinaciones, estamos satisfechos de nuestra mayoría. Os agradezco infinito no las muchas cosas lisonjeras que me decís, sino la benévola disposición que hacia mi persona manifestáis. Vuestra carta, sencilla y natural, me hace esperar que se establecerá entre nosotros algún comercio; yo lo estimaré de un modo infinito.

Tengo el honor de ser, con la mayor consideración, su muy humilde y obediente servidor.

ROYER-COLLARD.

El 6 de noviembre de 1829.

Lamartine recibió el mismo día los reproches de su « papá » por no haber mostrado interés en sostener su candidatura á la Academia, y las felicitaciones de sus amigos por haber sido elegido tanto más honrosamente cuanto que no se había entregado de antemano á ninguna clase de intrigas.

Entonces aparecieron las *Armonías poéticas y religiosas*, que Bartélémy llamó unos *Gloria Patri* desleídos en dos tomos, cánticos modernos escritos por un David borgoñón. Forma el fondo de ellas la reli-

gión, pero una religión, que, según la frase de su amigo Vignet, se resuelve demasiado en un deliquio voluptuoso de todos los elementos de la vida moral y que *destempla* el alma. Busca á Dios esparcido por la naturaleza; son sensaciones más bien que ideas; constituyen una música colorida¹. El poema *Novísima Verba* es lo más hermoso que ha escrito como tono, como elevación y como amplitud. La idea de la muerte, la vanidad de la vida, el amor, la verdad, la conciencia, y la idea de Dios son motivos que ha desarrollado con una abundancia y un encanto perturbador así como con una filosofía armoniosa. El poema no está terminado: tal como se halla, puede considerarse tal vez como el más admirable testamento poético.

Se leerán siempre con gusto: *la Oda á los cristianos; Sobre la pérdida del Año; Sobre el primer amor; la Tumba de una madre*, himnos llenos de entusiasmo y de grandeza mezclada con cierta languidez femenina, con una especie de morbidez encantadora. En ellos es donde ha realizado mejor el ideal poético que soñaba su madre para él cuando decía del poeta: « Su primera y más grande vocación consiste en elevar las almas á Dios con su hermosa poesía. »

La Revolución de 1830 le halló vacilando entre su antipatía á Luis Felipe y su escasa afición á la República. Presentó la dimisión, abandonó la diplomacia y partió á Oriente en un barco preparado para él.

Se ve en la Academia de Macon, al lado de algunas banderas dedicadas « á la Constancia » que fueron ofrecidas á Lamartine en 1848, el estandarte turco que enarboló al lado de la bandera francesa durante su viaje.

Escribía desde Marsella á su amigo Virieu :

Hay que alimentar el espíritu y el alma y ¡qué mejor alimento para ellos que Jerusalén, Egipto, Turquía y Grecia, todos esos pueblos primitivos, todas esas escenas de la naturaleza, de la religión ó de la historia de la humanidad! Es un hermoso año de educación para un hombre y hasta para un niño semejante viaje hecho de este suerte con una biblioteca á bordo, escogida *ad hoc* y que refiere todo lo que vamos viendo á medida que las olas nos transportan.

Tenemos un brick encantador y excelente, un capitán admirable, una tripulación escogida de hombres fuertes, vivos, de carácter dulce y lo más religiosos posible, — figúrate una reunión de todo lo mejor que conoces entre tus más excelentes campesinos. Tenemos cuatro cañones, dos trabucos y veintidós fusiles, además pistolas, etc., para armar á nuestros veintidós hombres. Esperamos salir vencedores si nos vemos obligados á combatir. Maniobramos admirablemente.

1. Celebrando Menéndez Pelayo el lirismo de Lamartine, dice que era un poeta lírico de pies á cabeza y que no era otra cosa. « El canto parecía en sus labios tan natural, como en boca de los demás hombres la palabra. Arrancaba de la lengua menos musical y más ingrata sonidos de inexplicable dulzura... » (*Hist. de las ideas estét.*, V., pág. 342). (N. del T.)

Como Chateaubriand, visitó el Oriente; pero más como sociólogo que como pintor. Tenía el temperamento de un hombre de Estado. En Beyrouth murió su hija, y se la trajo consigo. Volvió á Macon en 1833 y se consagró á la política. Tenía 43 años y escribía por entonces: « Hay en mí más elocuencia que poesía ». Llegó á ser un orador notable.

Los versos fueron su medio de vivir. En 1834 vendió por 100.000 francos su *Viaje y Jocelyn* que tuvo un éxito inmenso: 24.000 ejemplares en 29 días, y más de 15 ediciones en el extranjero. Fué el último esfuerzo poético.

El Viaje á Oriente, ó, como más exactamente reza el título: *Recuerdos, impresiones, pensamientos y paisajes durante un viaje á Oriente* es un libro falto de orden, escrito conforme á las impresiones y encuentros: todo se vuelve descripciones, versos, notas de folklore, observaciones políticas, paisajes luminosos y grandiosos y estudios acerca de las costumbres y de las sociedades. Es el viaje de un pintor y de un ministro. Duró dieciséis meses, y paseó á nuestro turista por Grecia, Turquía, Asia Menor y Palestina. Su relato ofrece una mezcla de reflexiones, descripciones y profecías, y un tono demasiado uniforme, para pintar regiones diferentes. Se nota en él una deplorable facilidad para resolver las dificultades sin haberlas estudiado y para tratarlo todo sin autoridad, cuestiones de arte, arquitectura, religión y política, así como para adivinarlo é improvisarlo todo por instinto.

Tales son los caracteres de un libro que termina de un modo desigual con el desgarrador relato de la muerte de su hija y con el proyecto de fundar en Asia ciudades nuevas, especies de « Salentos » sabias y felices.

Jocelyn es su amigo, el abate Dumont, cura de Bussiéres, humilde sacerdote rural, que vivía con su madre y su sobrina, cultivando su huerto, cazando perdices y no muy creyente y más apegado á la rutina de su carrera que animado de ferviente fe. Había en su vida un drama moral, — ó inmoral. — Había conspirado en tiempo de la Revolución, en un antiguo castillo del Forez. Todos los conspiradores fueron detenidos. Él pudo huir con una de las hijas del dueño del castillo. Condújola á casa de su anciana nodriza, y allí permanecieron ocultos. ¿ Se amaron? ¿ De qué manera? ¿ Quién puede decirlo? Cuando más tarde se encontraban, se ruborizaban, palidecían y evitaban el mirarse.

Lamartine sospechó este misterio y vió en él un excelente asunto para la serie de poemas: *las Visiones* que deseaba escribir aunque sólo escribió los dos primeros *Jocelyn* y *la Caída de un ángel*. Pero *Jocelyn* no tuvo nada del carácter extraño, tumultuoso y fatal del abate Dumont. Se hizo puro y simpático al entrar en la poesía.

Un viajero visita la aldea de Valneige, perdida en los Alpes. Llama á

la puerta del presbiterio abandonado: y sólo le responden los ladridos de un perro. Una anciana criada le explica que ha muerto el cura y enseña al viajero un manuscrito: es el diario de Jocelyn. Refiere sus impresiones de infancia y como, en una fiesta de aldea, se despertaron sus sentidos para el amor; experimenta un deseo vago é inquieto que no se fija en ninguna mujer. Jocelyn tiene dieciséis años. Pertenece á una familia pobre. Para dejar su modesto patrimonio á su hermana, se hace clérigo. La Revolución le sorprende en el seminario. Refúgiase en los Alpes del Delfinado, donde vive solo embriagado por las bellezas de la naturaleza. Cierta día turban aquélla soledad unos tiros. Y llegan á implorar asilo dos proscritos perseguidos por unos sansculotes á quienes matan con sus últimos disparos. Pero uno de los dos refugiados se halla mortalmente herido. El otro, que se llama Laurence, se queda allí y no tarda en establecerse entre ambos jóvenes una amistad estrecha. Como en *Astrea* ó como en *Mademoiselle de Maupin*, Laurence es una mujer disfrazada y Jocelyn descubre el secreto. La tierna amistad se convierte en amor.

En aquel momento, el obispo de Jocelyn, preso y condenado á muerte, pide los últimos sacramentos. Un pastor, único que conoce el retiro del joven sacerdote, acude á él, pero como no está aún ordenado, no puede conferir los sacramentos. El obispo le consagra sacerdote en el calabozo mismo; hele ya arrancado al amor de Laurence.

Ésta se aleja y procura aturdirse en medio de una vida disoluta. Jocelyn con una perpetua nube en la frente ejerce su ministerio en un humilde curato en el fondo de la montaña. Cierta día encuentra á Laurence y huye espantado. Cuando ésta reaparece en su vida, se halla moribunda, él le da la absolución y la entierra en aquellas montañas donde conocieron días de embriagadora felicidad.

Jocelyn llegó á viejo y murió en la obscuridad. Los campesinos conocieron su historia y le enterraron junto á Laurence. Tal es la ingeniosa fábula. Se halla expuesta sin rigor, en forma de diario, con supuestas lagunas muy cómodas y también, á causa de la poca rigidez del cuadro, con digresiones, episodios, páginas y entremeses, como suplementos á las *Armonías*.

Los paisajes, que son al lirismo lo que los recitados á la música, resultan débiles y flojos. Pero las partes mejor acabadas tienen la mayor belleza. Siempre se leerá con gusto el prólogo, el amor naciente de Jocelyn, el secreto de Laurence, la escena en la prisión, el encuentro en la iglesia, el regreso á Valneige, el episodio del perro, en tanto que haya almas sensibles á la dulzura del amor, al encanto del dolor, á la melodía de los ritmos, y á los sentimientos perturbadores, que fueron causa del éxito literario de Atala.

Refiere la Sra. Emile Ollivier que, en cierta comida, al saber una se-